

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción — En la Península: Un mes, 1'50 ptas.— Tres meses, 4'50 id.— En el Extranjero: Tres meses, 10 id.— Número suelto, 0'65 cts.— La suscripción se contará desde 1.º y 16. de cada mes.— No se devuelven los originales.— Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.— El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.— Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre La correspondencia al Administrador

La Fiesta Nacional

En Plena fiesta

Cualquiera que sea la época que atravesamos, próspera ó adversa, las fiestas de toros se impondrán siempre con su alegría bulliciosa y su animación creciente.

Nadie que se asome hoy á nuestra ciudad y vea sus calles animadas, las fondas repletas de huéspedes, los cafés llenos de una concurrencia suigénita, negará que estamos en plena fiesta de toros, y en estos momentos nos olvidamos de todo, nos entregamos en cuerpo y alma á los goces de eso que hemos bautizado con el nombre de fiesta nacional.

¿Qué es bárbara la fiesta? Esos son convencionalismos que se derriban en el momento en que quien los sostiene asoma la cabeza en un circo taurino y vé á un hombre burlarse de un toro, parapetado tras una débil y visible muralla de percal.

Las fiestas taurinas, bárbaras y todo como son, han invadido la libre América y han puesto en un brete á los municipios del mediodía de Francia. Y es que esta fiesta nacional española, es fiesta de sangre y de peligro; es lucha gigantesca, sugestiva, entre el valor inteligente y el valor ciego.

Los extranjeros nos llamarán bárbaros. Sin embargo las plazas españolas se llenan de extranjeros cada vez que se lidian toros. Y cuando el torero cita á banderillas y se vá á la fura cuadrando en la cara de la res y deja en el morrillo los paltroques, apáuden á rablar como si fuesen españoles y estarían indudablemente viendo corridas toda su vida.

Algo tienen nuestras fiestas taurinas cuando hace sus devotos á sus mismos detractores. Cañicar de bárbara una diversión desde Londres, cuando solamente se conoce por referencia, es cosa muy fácil; pero al conocerla de ciencia propia, y al ver al torero con su

traje de luces y jugar con el toro que pretende cogerlo sin lograrlo, no hay inglés, alemán ni ruso que no diga como nosotros, aunque no tan claro:

¡Ole! ¡Vivan los toreros!

¡Al toque del clarín!

¡Cómo alegre juguetea el viento, al pasar melicioso por entre la red tupida de aquella mantilla sevillana! Al agitarse los negros madroños á impulsos del vaivén candencioso de su abanico, parece que los espíritus de la noche, descendiendo de los misteriosos palacios de Siria, se han dado cita en torno de aquella mujer encantadora, para robar á su rostro el carmín que ha de colorear las cejas y arrebatar á su aliento el perfume que ha de aromatizar el alma del cefirillo de los amores!

La mirada vagarosa, perdida entre aquel enjambre de cabezas humanas, de cuerpos que se mueven y de brazos que se agitan, buscan en vano un objeto, digno de fijar la atención de aquella mujer singular ¡Inútil empeño! ¡Es tan imposible que un ideal forjado por imaginación soñadora y espiritualmente femenina, surja de entre el bullicioso enjambre de gente alegre y bien bebida...! Por las varillas de su abanico veo mirar á la hermosa de mis indiscretas observaciones, pues son sus negros ojos, al través de aquellas cómodas celosías, comparables tan sólo á los negros ojos de la hermosa Hero, cuando mi da interrogaba á las encapadas olas del Holesponto, poniendo en su mirar extraviado, todo un poema de imprecaciones, de anhelos y de angustias infinitas... Mira y mira, pero busca en vano; á fuerza de mirar, su imaginación deja de concretar para caer en la abstracción, y un ser hermoso como el Amor; generoso como Aquiles; grande como Homero; valiente como Hércules; poeta como Virgilio; dulce como Esquilo y apasionado como Platón; un sér, formado con las bellas cualidades de muchos que con una sola alcanzaron la inmortalidad, tiende sus brazos y entresbre los labios, murmurando no sé qué oración hacia la hermosa de sus

amores, cuyas mejillas palidecen y se tiñen de grana, al tiempo mismo que el seno se agita en convulsiones voluptuosas... De pronto, un sonido prolongado, estridente, inarmónico, la despierta de su éxtasis, dejando su respiración, como la de todos, suspendida en la eternidad de un instante y un berrendo en negro aparece en la plaza, ahuyentando en su carrera de relámpago, cuanto á su peso encuentra... ¡nada le detiene! y cuando calada su furia, sus miembros se desentumecen, llegase á la mitad del redondel, levanta altiva la cabeza, dá un «derrote» al miedo, y arremete contra el osado que le provoca... se oye entonces un aplauso unánime, espontáneo, entusiástico, que recompensa un sobrio quite dado por el Guerra... y el silencio se rompo; los pulmones recobran su pausado funcionamiento, y empieza el duelo de la fiera con el hombre, más franco y más generoso que los duelos del amor, que allá arriba, en aquel palco engañado, sostiene la hermosa con su fantasma.

Los sueños volaron; el éxtasis amoroso fué sustituido por un estado de nerviosa excitación; la admiración y el anhelo por el ideal aquel, acariciado bajo la forma de un sér, hermoso como el Amor, se trocó en la fascinación sugestiva, inspirada por las gallardías del torero y los arpegios del valeroso matador de toros... Y cuando las horas hubieron pasado, y los cefirillos de la noche se desvanecían por la inmensidad, llevando el Espíritu de los amores, los anhelos de aquella morena hermosa, diz que dicen, que el más travieso de los cupidillos, dióje á Eros, que en aquel momento abrazaba á Psiquis; ¡dame, oh días del amor, una de tus sonrisas, para que anime el cuerpo de un mancebo, que sea «hermoso» como Tú amante, como Psiquis, grande como Homero, poeta como Virgilio, dulce como Esquilo y valiente como el Guerra!

Armando de L'Iniers

Cosas de toreros

Hay que reconocer que nuestra gente de coqueta es gente de gracia. La vida alegre y de jarana propia del ofi-

cio y el contagio del elemento meridional que prepondera en una clase compuesta en su mayoría de andalices, hacen del torero un tipo ocurrente y chistoso, muy dado á francachetas y jolgorios y á charzas y coloquios en que campea el donaire é impera el buen humor.

Y aunque ciertos «golpes» y «salidas» pierden su sabor y su gracia al ser narrados por escrito, máxime si la imaginación del lector no reconstituye la «escena» y forja tipos tales, que integren en la fantasía lo cómico de la ocurrencia, allá van no obstante, algunas frases y humeadas de «toreros», que recuerdo, y que á mi entender valen la pena de contarse.

Va, pues, de sucedidos.

Bromeaban «Frascuelo» y «Lagartijo». Rafael, mojado de Salvador, le llamaba pinturero y «presumido».

«Pues no, que voy á ser como tú;—le dijo «Frascuelo»—que te lavas los pies con saliva».

Alardeaba ante el Guerra un hermano del «Espartaco», de las muchas corridas que tenía y del dinerat que ganaba el ya célebre y muy pronto malogrado matador sevillano.

«Guerrita», señalando á los pantalones del jactancioso, torero y muy cortés, exclamó: «Pues hombre, bien podía tu hermano «date pa' esos zócalos»».

Notas Alegres

Actualidades

Desde hoy hasta el lunes hemos entrado en el período de bullicio, de agazara y de alegría.

Estamos en vísperas de la celebración de nuestra hermosa fiesta nacional y se suspenden con tan plausible motivo las «hostilidades» y negociaciones de la eterna lucha por las judías.

Los «ingleses» no molestan á sus acreedores, las acaloradas cuestiones del alcantarillado han cesado, las contiendas entre clericales y anticlericales han desaparecido, el plan de economías ha quedado en suspenso, y hasta el prego de los hijos chumbos ha sufrido grande transformación.

Ayer se pelaban á siete por «perricas» y hoy se han servido á cinco céntimos de peseta cada uno de esos frutos de las patas.

La población presenta un anima-

disimo aspecto. Sus calles pobladas de gente, que aun apesar que cuenten con escasa cantidad de «perras», llevan la sonrisa en los labios y la alegría en sus miradas, no se habla más que de los cornúpetos de don Anastasio y de las hechuras de los diestros que han de lidiarlos.

El Sol, que en estos días pasados nos achicharraba, ha jugueteado hoy entre celajes plumarios ocultándose á veces para que la atmósfera se refrescase, con la fresca brisa que nos ha obsequiado Eolo desde el extremo Este y hasta el monótono canto de las chibcharra ha sido hoy más alegre y conmovedor.

Estamos en vísperas de nuestra clásica fiesta y todo es luz, todo alegría y todo animación.

Esta transformación espontánea habrá hecho comprender á más de cuatro anti-taurómacos, que no hay específico más eficaz para hacer volver á la vida á un país agónico que la celebración de una corrida de toros.

Apenas si hoy ha circulado la moneda en Cartagena y lo que circulará mañana.

El que no tiene «guita» la pide, si se le dan se alegra, y si nó, no se entristece, porque no son días de suspiros estos que atravesamos.

Tal transformación hacen en pueblos é individuos queatra típica fiesta, que algunos de estos últimos se pesan las horas muertas y vivas arqueando el cuerpo levantando los brazos y señalando ante sus esposas y suegras un par de banderillas al cuarteo.

Otros muchos al sentarse á la mesa cojen el trinchanté y la servilleta; imitando la forma que los matadores hacen con el estoque y muleta, se quitan el birrete y brindan á la cocinera la muerte de cocido ó del plato de judías.

Muchos que no tienen que comer, ni esperanzas de hacerlo le dan pases de pecho y largas, pero muchas largas al hambre que les acosó y aguijonea.

Las mujeres pudientes preparan sus ricos mantones de Manila, sus vaporesas mantillas blancas sus vestidos de alegres colores, y hacen acopio de rojos clavones para orlar con sus encantos el hermoso cuadro que presen-

ta el circotaurino en esta característica fiestas.

Vivimos (si esto es vivir para algunos) en el país de pan y toros y al tocarie el turno á Cartagena de la celebración de nuestras corridas de toros el trozo de cenit que tenemos por techumbre obtenta su azuino traje, el mar que lame nuestro puerto exhala sus brisas perfumadas de elementos que favorecen la respiración ayudan á la digestión é impiden el estornudo, el Sol se muestra más benéfico, las flores perfuman el ambiente los bocedores de melones y otros comensales gritan con más fuerza, los betueros aligeran sus trabajos, las horteras lucen corbatas y pañuelos encarnados, los vigilantes nocturnos lucen el uniforme á la luz de Febo, y todo, todo es vida, luz, alegría para el que no esté muerto, no sea ciego y no se encenetre aburrido por cuestión de intereses.

OTEM.

Quentecillo de toros

Había soñado el pobre Paquillo con ser «espada», con verirse el traje de luces, con atraer á las multitudes, locas, arastradas por un floreo con la mueta ó ante el empuje vencedor de un volapié que amansa para siempre las bravuras de una fiera.

Primero, pensaba él, el viaje en exprés á la ciudad engalanada para la fiesta; la mañana bajo el toldo del café, en plena calle, con mucho brillo de diamantes en la pechera y en los anillo y no pocas miradas de los transeuntes que no logran romper la valla de chiquillos quietos, como fascinados, ante los menores gestos del novel matador.

Luego al apartado en el «standeau» con los complacientes amigos; después á ponerse la seda ajustada y los «amares relucientes»; la ida á la plaza en la jardinera cascabeleante y llena de color, entre un público que al espectáculo va ansioso, mujeres hermosas, tintes y aromas de flores, espumero de mantillas, gritos de vendedores, restallazos de látigos...

El toque de un clarín luego; la música que rompe en notas alegres y sandungueras, la paletada de colores desbordándose por aquella puerta

tunamente que estuve á punto de clavarle un puñal.

Aquellos detalles me interesaban vivamente.

—¿Una mujer?—pregunté.

—Sí, y preciosa. Usted la ha visto.

—¡Ah! La del cenador, la noche aquella en que tres amigos de usted se estrellaron contra una mesa de hierro...

—¿Qué otra cosa puede esperarse de gacznptos como Dechar y De Gaitet? ¡Ojalá hubiera estado yo allí!

—¿Y el duque se mezcla en el asunto?

—No es eso precisamente. Quien quiere mezclarse soy yo.

—¿Y ella prefiere al duque?

—¡Sí, la tonta! Pues bien, ya conoce usted mi plan, y piénselo—dijo;—é inclinándose, espoleó su caballo y partió en seguimiento del tábene cortejo.

Volvi á donde me esperaban Flavia y Sarto, pensando en el extraño carácter de aquel desalmado, cuyo igual no he vuelto á ver en mi vida.

—¿Qué arrogante tipo!—fué el comentario de Flavia— que, mujer al fin, no se había ofendido con las expresivas ojeadas de Ruperto Henzar. ¡Y cómo parece sentir la muerte de su amigo!—prosiguió.

XVI

Desde el día en que recorrí á caballo las calles de Zenda y hablé en público con Ruperto Henzar me fué forzoso prescindir de todo pretexto de enfermedad. El efecto de mi presencia se notó desde luego en la guarnición de Zenda, cuyos oficiales y soldados desaparecieron de la población y sus cercanías para encerrarse en el castillo, donde reinaba la más perfecta vigilancia, como pudieron observarlos mis amigos en sus exploraciones. No veía medio practicable de socorrer al rey y á la señora

—La otra noche peleó usted como un valiente —le dije en voz baja.—Decídase usted, joven; entregueme á su prisionero y le respondo de que no ha de pesarle.

Me miró con burlona sonrisa, pero de repente se me acercó y dijo:

—Estoy desarmado y el amigo Sarto podía despacharme de un balazo con la mayor facilidad.

—Nada tema—le dije.

—Demasiado lo sé, por desgracia—replicó.—oiga usted. Tiempo atrás le hice una oferta en nombre del duque...

—¡No quiero mensajes de parte de Miguel el Negro!—exclamé.

—Pues entonces oiga usted el plan que le propongo por mi cuenta. Ordene un ataque decisivo contra el castillo, encomendando la dirección del asalto á Tarlein y al viejo coronel...

—¡Adelante!

—Pero diciéndome de antemano la hora exacta del ataque.

—Eso es, ¡Me infunde usted tanta confianza!

—¡Bah! Sarto y Tarlein caerán en la refriega, como caerá también el duque.

—¡Hoi!

—Sí, Miguel el Negro, como un miserable que es. Cuanto al rey, tomará el camino del infierno